



7 DE DICIEMBRE 2025

6. LA ADVERTENCIA DE DIOS CONTRA LA AUTOSUFICIENCIA DEL CORAZÓN

PASTOR HÉCTOR RICO

INTRODUCCIÓN

No existe terreno más peligroso para nuestro corazón que aquel donde la necesidad es reemplazada por la abundancia. Cuando la estabilidad y la provisión llegan —cuando todo parece marchar bien—, se revela nuestra verdadera condición espiritual. Irónicamente, no siempre dejamos de buscar a Dios en medio de la aflicción; con frecuencia lo abandonamos cuando todo está en orden.

Este era el escenario de Israel en Deuteronomio 8. Tras cuarenta años de desierto, estaban por heredar la tierra prometida: un lugar de arroyos, trigo, viñas y miel donde nada les faltaría. La provisión divina dejaría de ser un milagro diario y suspendido en el aire para volverse estable y tangible. Sin embargo, antes de cruzar la frontera, el Señor les lanza una advertencia vital: **«Cuidate de no olvidarte del Señor tu Dios» (Deuteronomio 8:11)**. La bendición puede convertirse en la antesala del olvido y la abundancia en el escenario perfecto para la autosuficiencia.

Durante esos cuarenta años, Dios los había sostenido con poder: les dio maná, guardó sus vestidos, protegió sus cuerpos. Pero todo eso no solo fue un cuidado de parte del Señor, sino que fue una prueba. Dios los llevó por ese camino para humillarlos y para que quedara al descubierto lo que había en sus corazones. El desierto no fue un accidente: fue el taller donde Dios los formó. Y ahora, justo antes de la abundancia, la advertencia es clara: el corazón será probado una vez más, pero en otra dirección.

Este capítulo se ubica entre dos realidades cruciales: En el capítulo 7, Dios le recuerda a Israel que los escogió por amor y fidelidad a Su pacto, por eso les mandó destruir los ídolos y a obedecer con un corazón fiel. Y en el capítulo 9, antes de cruzar el Jordán, les repite la

misma advertencia: que no se atribuyen la victoria a sus fuerzas ni a su justicia, porque todo lo que recibirán será por la mano del Señor. Así, que el capítulo 8 nos enseña que la bendición también es una prueba: Dios quiere un pueblo que disfrute lo que Él da, sin olvidar quien lo dio y no caer en la autosuficiencia.

Culturalmente, esto marcaba una transición profunda —de la vida nómada a la estabilidad de hogares y campos; del maná del cielo al fruto de la tierra— pero el cambio en las circunstancias externas nunca garantiza la fidelidad interna.

Al igual que Israel en el desierto, nosotros vivimos en total dependencia del Señor. Esta palabra nos pertenece porque, aunque nuestra geografía sea distinta, poseemos el mismo corazón propenso a olvidar en la comodidad y a enorgullecerse en la estabilidad. **Quiero con este discipulado que hoy seamos llamados y desafiados a: porque Dios te llama a obedecerle y a depender de Él para que tu corazón no se vuelva autosuficiente.**

I. LLAMADO A OBEDECER RECORDANDO LA PRUEBA EN EL DESIERTO (DEUTERONOMIO 8:1-6)

Deuteronomio 8:1-6 (NBLA). "Todos los mandamientos que yo os ordeno hoy, tendréis cuidado de ponerlos por obra, a fin de que viváis y os multipliquéis, y entréis y toméis posesión de la tierra que el Señor juró dar a vuestros padres. Y te acordarás de todo el camino por donde el Señor tu Dios te ha traído por el desierto durante estos cuarenta años, para humillarte, probándote, a fin de saber lo que había en tu corazón, si guardarías o no Sus mandamientos. Y te humilló, y te dejó tener hambre, y te alimentó con el maná que no conocías, ni tus padres habían conocido, para hacerte entender que el hombre no solo vive de pan, sino que vive de todo lo que procede de la boca del Señor. Tu ropa no se gastó sobre ti, ni se hinchó tu pie durante estos cuarenta años. Por tanto, debes comprender en tu corazón que el Señor tu Dios te está disciplinando así como un hombre disciplina a su hijo. Guardarás, pues, los mandamientos del Señor tu Dios, para andar en Sus caminos y para temerle"

El Señor nos hace un llamado a la obediencia basado en la memoria de la prueba en el desierto. Él jamás demandará de Su pueblo una obediencia superficial o parcial. El versículo 1 establece el tono de todo el pasaje: **«Todos los mandamientos que yo les ordeno hoy, cuidarán de ponerlos por obra» (Deuteronomio 8:1).**

Esta instrucción no es un simple mandato a obedecer, sino a hacerlo con diligencia. «Cuidarán de ponerlos por obra» implica una atención vigilante y una constante desconfianza de nuestra propia justicia. La obediencia real requiere una vigilancia activa sobre nuestras inclinaciones pecaminosas para no desviarnos de Su Palabra.

No existe espacio para una obediencia bajo mis propios términos o sujeta a mi voluntad de ser fiel. El mandato divino abarca cada área de la existencia; el Dios que nos rescató no busca ritos vacíos, sino una adoración genuina —una obediencia ejercida con cautela—, conscientes de que nuestro corazón tiende a desviarse sutil y progresivamente.

Nuestra motivación para obedecer no debe ser el temor al castigo, sino recordar cómo Dios los ha tratado en el pasado. El versículo 2 es tajante: **«Te acordarás de todo el camino por donde el Señor tu Dios te ha traído por el desierto» (Deuteronomio 8:2).** Israel peregrinó cuarenta años por tierras áridas, carente de seguridad humana o recursos estables. Fue un tiempo diseñado

para aprender a depender de Dios día tras día, despojados de cualquier autosuficiencia.

Dios no nos guía por caminos difíciles para destruirnos, sino con un propósito soberano: probar y transformar nuestro corazón. El objetivo de la aflicción es humillarnos para revelar nuestra verdadera condición interna. Esto no ocurre porque Dios sea indolente o disfrute con nuestro sufrimiento, sino porque desea enseñarnos una lección vital: no dependemos de lo que somos capaces de producir, sino de Su mano.

El énfasis del texto en el «corazón» subraya que el mayor problema de Israel no era la escasez, sino un orgullo latente y una autosuficiencia que les hacía creer que podían vivir sin su Creador. Dios no probaba su resistencia física, sino su integridad espiritual. El desierto no fue un error logístico de la providencia, sino una estrategia divina —un lugar de peligros y aparentes abandonos— diseñado para dismantlar toda confianza propia.

Aunque Israel se sentía abandonado cuando el hambre arreciaba, Dios intervenía para manifestar Su presencia. El versículo 3 nos dice: **«Te humilló, y te dejó tener hambre, y te alimentó con el maná».** Este alimento —descrito en Éxodo 16:31 como semillas de cilantro blanco con sabor a hojuelas de miel— fue una lección enviada directamente desde el cielo.

El propósito era contundente: enseñarnos que **«no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor» (Deuteronomio 8:3).** El pan no era el fin, sino el medio para aprender a confiar en la Palabra de Dios. Comprendamos que el hambre no era señal de olvido divino, sino una herramienta de madurez; era un sermón diario que nos recordaba nuestra total dependencia de Su voluntad.

La provisión divina no se limitó al alimento. El versículo 4 relata: «Tu ropa no se gastó sobre ti, ni se hinchó tu pie durante estos cuarenta años». Debemos dimensionar este milagro —una preservación física constante donde incluso el calzado y el vestido resistieron el paso de las décadas—. En un entorno hostil e imposible como el desierto, la fidelidad de Dios fue nuestra suficiencia absoluta, proveyendo siempre lo que nosotros no podíamos producir.

Por esta razón, Moisés nos exhorta: **«Debes comprender en tu corazón que el Señor tu Dios te estaba**

disciplinando así como un hombre disciplina a su hijo» (Deuteronomio 8:5). Esta disciplina fue necesaria porque, durante el trayecto, nuestra rebeldía fue constante —nos quejamos por el hambre, dudamos ante la sed y anhelamos volver a Egipto—. Sin embargo, este trato no fue un castigo destructivo, sino la corrección amorosa de un buen Pastor que buscaba moldear a una generación endurecida.

Aunque la disciplina no es agradable, para Israel el desierto fue la escuela donde el Padre los cuidó como a hijos para formarnos como un pueblo santo. La conclusión natural de este trato es el llamado a la obediencia: **«Guardarás, pues, los mandamientos del Señor tu Dios, para andar en Sus caminos y para temerle» (Deuteronomio 8:6).** El corazón que recuerda la disciplina amorosa de Dios, teme. Y el corazón que teme, obedece.

Esta palabra sigue vigente hoy: **«Te acordarás de todo el camino por donde el Señor tu Dios te ha traído... para humillarte, probándote para saber lo que había en tu corazón» (Deuteronomio 8:2).** Dios nos permite transitar desiertos para exponer lo que hay en nosotros. Él ya conoce nuestra condición, pero nosotros necesitamos confrontarla para aprender que nuestra insuficiencia es el escenario donde resplandece Su provisión.

Debemos comprender que la prueba jamás llega al creyente para destruirlo, sino para profundizar nuestro conocimiento del Dios santo. El sufrimiento nunca es en vano. Si hoy enfrentamos crisis de salud, financieras, relacionales o esperas que parecen perpetuas, debemos preguntarnos: ¿Qué brota de nuestro corazón? ¿Confianza o queja? ¿Sumisión o reclamo? ¿Fe o desesperación?

Frente a la adversidad, nada terrenal es suficiente para sostenernos. Ni el dinero, ni el empleo, ni la confianza en nuestras habilidades intelectuales o profesionales podrán darnos soporte. La prueba expone la fragilidad de nuestros ídolos —aquellos refugios donde solemos depositar nuestra esperanza— y nos obliga a buscar un fundamento que no sea conmovido por las circunstancias.

Preguntas de comprensión

- ¿Cuál es el propósito divino de las pruebas para el pueblo de Dios?

Tal vez enfrentamos hoy la prueba más dura de nuestra vida: un matrimonio que parece no tener solución, la frialdad e indiferencia en el hogar, la lucha contra adicciones o las amargas consecuencias de decisiones pasadas. En medio de este escenario, surge la pregunta vital: ¿Quién puede sostenernos? Precisamente en ese quebranto es donde Dios desea obrar, pues Él es nuestro único sustento.

Nuestra fuerza y consuelo no residen en habilidades propias ni en consejos humanos, sino en la fidelidad de Su Palabra. Como declara el salmista: **«Si Tu ley no hubiera sido mi deleite, entonces habría perecido en mi aflicción» (Salmo 119:92).** Es en las promesas inerrantes de la Escritura —y no en las vacilantes garantías de este mundo.

El conflicto central surge cuando nuestro deleite está en lo terrenal. Dios utiliza nuestras circunstancias actuales para conducirnos a un punto donde Él sea nuestro único gozo. La Escritura, atesorada y obedecida, es el único sostén real: **«No solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor» (Deuteronomio 8:3).** No sobrevivimos a la aflicción simplemente porque esta termine, sino porque Su Palabra nos sostiene mientras la atravesamos.

No debemos huir de la prueba ni ignorarla. En lugar de evadirla, debemos preguntarnos: «¿Qué revela este proceso sobre mi corazón y sobre mi concepto de Dios?». Todos, sin excepción, estamos siendo probados de una u otra manera; por tanto, reconozcamos que el propósito divino no es nuestro escape, sino nuestra madurez y dependencia absoluta en Su voluntad revelada.

Preguntas de reflexión

- ¿Cómo, por medio de las pruebas, Dios ha expuesto lo que hay en tu corazón?
- ¿De qué manera la Palabra de Dios te ha sostenido en las pruebas?

Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?

II. DIOS BENDICE ABUNDANTEMENTE

(DEUTERONOMIO 8:7-10)

Ahora vamos a ver qué ocurre cuando ya no nos falta nada, cuando Dios bendice abundantemente. Leamos los versículos del 7 al 10: **"Porque el Señor tu Dios te trae a una tierra buena, una tierra de corrientes de aguas, de fuentes y manantiales que fluyen por valles y colinas; una tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados; una tierra de aceite de oliva y miel; una tierra donde comerás el pan sin escasez, donde nada te faltará; una tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes puedes sacar cobre. Cuando hayas comido y te hayas saciado, bendecirás al Señor tu Dios por la buena tierra que Él te ha dado"** (NBLA).

Resulta asombroso imaginar el contraste de esta promesa: el paso de la aridez a un paisaje de colinas y fertilidad. Tras evocar la memoria del desierto, Moisés nos dirige hacia la herencia venidera: «Porque el Señor tu Dios te trae a una buena tierra» (Deuteronomio 8:7). La descripción no es una exageración; se trata de un lugar con recursos generosos —abundancia de agua, trigo y cebada— y una extraordinaria variedad de alimentos. Dios no sólo prometió provisión, sino una estabilidad y prosperidad que el pueblo nunca había conocido.

El texto enumera la riqueza de la promesa: arroyos, fuentes, trigo, viñas y miel. El versículo 9 asegura: **«Tierra donde comerás el pan sin escasez, y donde nada te faltará»**. Dios nos introduce en un estado donde la dependencia milagrosa del maná cesó para dar paso a la cosecha y la posesión. Aquí radica el peligro —Moisés no los prepara para sobrevivir a la escasez, sino para saber vivir en la abundancia—.

Ante la saciedad, nuestra respuesta no debe ser la indiferencia, sino la adoración: **«Cuando hayas comido y te hayas saciado, bendecirás al Señor tu Dios» (Deuteronomio 8:10)**. La provisión no es un fin en sí misma, sino un medio para honrar al Dueño de todo. La abundancia es, en realidad, una oportunidad para adorar en lugar de confiar en nosotros mismos. Cuando el Señor llena nuestra mesa, también demanda que nuestro corazón reconozca Su mano generosa.

La provisión no debe engendrar orgullo, sino gratitud; no debe fomentar independencia, sino una dependencia profunda de quien nos sostiene. El pan que llega a nuestra mesa hoy es un recordatorio de que no subsistimos por nuestra fuerza, sino por Su bondad. Por tanto, el corazón saciado no tiene motivos para la jactancia, sino para bendecir al Dador con una reverencia mayor.

Aunque el Señor cambie el método de provisión —reemplazando el maná diario por campos llenos de cosecha—, la fuente sigue siendo la misma. El riesgo inminente en la abundancia es caer en la ceguera espiritual: creer que nuestros logros son fruto de nuestra astucia, sabiduría o planificación estratégica. Debemos recordar que todo beneficio es resultado del pacto de gracia que Dios ha establecido con nosotros, y no de nuestra propia capacidad.

Hace años, tras la muerte de mi padre, heredé un edificio valorado en un par de millones de dólares. Antes de venderlo, mi corazón ya se sentía rico; comencé a buscar propiedades y lujos, incluso llegando a menospreciar la situación de otros pastores que no gozaban de mi "suerte". Recibí ofertas generosas, pero —dominado por la codicia y la seguridad en mí mismo— las rechacé todas creyendo que obtendría más.

Con el tiempo, los compradores desaparecieron. Cuando intenté contactar al mejor ofertante, ya había invertido en otro lugar. Me quedé sin nada, torturándome por no haber aceptado la oportunidad inicial. Esta experiencia reveló cuán rápido el corazón puede jactarse de una riqueza que ni siquiera posee todavía, perdiendo de vista la gratitud y la prudencia por causa de la arrogancia.

Finalmente, mi madre vendió la propiedad por una fracción sumamente pequeña de lo esperado y, tras pagar deudas, solo restaron cinco dólares para mí. Lloré al ver mis sueños derrumbados, pero el consejo de mi pastor fue determinante: «Dios examinó tu corazón y encontró independencia, orgullo y codicia. Gózate en que Él te ha corregido». Comprendí que no hay riqueza más peligrosa que la que llega a un corazón que no depende de Dios.

Yo no necesitaba el dinero; necesitaba que el Señor tratara con mi interior. La abundancia puede ser una prueba mucho más destructiva que la escasez. Por ello, la Escritura insiste: «Cuando hayas comido y te hayas saciado, bendecirás al Señor» (Deuteronomio 8:10). En Su gracia, Dios me detuvo antes de poseer aquello que me habría destruido, recordándome que el verdadero peligro no es la falta de bienes, sino un corazón saciado que olvida a su Creador.

Recuerdo a un amigo que, al perder su empleo, asistía diariamente a las oraciones de la madrugada clamando

por provisión. Dios escuchó su ruego y le concedió el trabajo; sin embargo, tras recibir la bendición, su asistencia y servicio cesaron por completo. Aquello por lo que tanto clamó se convirtió en su ídolo, llevándolo a creer que podía vivir con independencia del Señor.

Este es el trágico resultado de la autosuficiencia: el corazón se enfría, la devoción se extingue y la adoración se pierde. Cuando dejamos de temer a Dios por confiar en nuestra estabilidad, podemos tener la cuenta bancaria llena mientras el alma permanece en absoluta ruina y vacía. La provisión, separada de la comunión con el Dador, se transforma en un desierto espiritual mucho más árido que la misma escasez.

Así que Moisés no preparaba a Israel para la guerra, sino para una tentación más sutil: el éxito, la abundancia. Cuando estamos de rodillas por necesidad, clamamos;

pero al estar saciados, corremos el riesgo de enfriarnos, descuidar la adoración y volvernos arrogantes. Si hoy gozamos de estabilidad, salud y familia, reconozcamos que somos bendecidos. No permitamos que la comodidad nos ciegue —cada fruto que nuestra familia disfruta fue sembrado por la pura gracia de Dios, no por nuestra propia mano—.

Asimismo, si hoy nos encontramos en prueba y sentimos que no tenemos nada, detengámonos antes de quejarnos. Debemos dar gracias por lo recibido, pues quien no bendice en la escasez, tampoco lo hará en la abundancia. No agradezcamos con el fin de que las circunstancias cambien; agradezcamos porque Dios nos está formando en el proceso. Nuestra respuesta, ante la carencia o el éxito, debe ser siempre la misma: adorar al Señor.

Preguntas de comprensión

- ¿Por qué la abundancia es una oportunidad para adorar?

Preguntas de reflexión

- ¿Cómo muestras adoración a Dios independientemente cuál sea tu situación?

Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?

III. DIOS ADVIERTE CONTRA EL OLVIDO, QUE NACE DE UN CORAZÓN AUTOSUFICIENTE (DEUTERONOMIO 8:11-20)

Bueno, ahora veamos cómo Dios advierte a un corazón que olvida al Dador y se vuelve autosuficiente. Veamos los versículos del 11 al 20: "Cuidate de no olvidar al Señor tu Dios dejando de guardar Sus mandamientos, Sus ordenanzas y Sus estatutos que yo te ordeno hoy; no sea que cuando hayas comido y te hayas saciado, y hayas construido buenas casas y habitado en ellas, y cuando tus vacas y tus ovejas se multipliquen, y tu plata y tu oro se multipliquen, y todo lo que tengas se multiplique, entonces tu corazón se enorgullezca y te olvides del Señor tu Dios que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. Él te condujo a través del inmenso y terrible desierto, con sus serpientes abrasadoras y escorpiones, tierra sedienta donde no había agua. Él sacó para ti agua de la roca de pedernal. En el desierto te alimentó con el maná que tus padres no habían conocido, para humillarte y probarte, y para finalmente hacerte bien. No sea que digas en tu corazón: 'Mi poder y la fuerza de mi mano me han producido esta riqueza'. Más acuérdate del Señor tu Dios, porque Él es el que te da poder para hacer riquezas, a fin de confirmar Su pacto, el cual juró a tus

padres como en este día. Y sucederá que si alguna vez te olvidas del Señor tu Dios y vas en pos de otros dioses, y los sirves y los adoras, yo testifico contra vosotros hoy que ciertamente pereceréis. Como las naciones que el Señor destruye delante de vosotros, así pereceréis, porque no oísteis la voz del Señor vuestro Dios" (NBLA).

Moisés enfatiza una advertencia vital: «Cuidate de no olvidar al Señor tu Dios» (v. 11). Esta reiteración subraya una tendencia trágica de nuestra naturaleza: recordamos el pan, pero olvidamos al Dador; disfrutamos la bendición, pero desechemos a su Autor. El olvido espiritual no suele comenzar con una apostasía abierta, sino con un sutil desvío —el corazón se relaja, la obediencia deja de ser prioridad y la Palabra pierde su peso en nosotros—.

La comodidad posee el peligroso potencial de adormecer nuestra alma y apagar la conciencia de la presencia de Dios. Mientras que la necesidad nos empuja al clamor, la abundancia suele engendrar orgullo en lugar de gratitud. La evidencia de un corazón

orgulloso es precisamente la autosuficiencia: vivir con la arrogancia de creer que es nuestra propia mano la que sostiene nuestra mesa.

Hay una característica cuando el hombre se sacia, y es que deja de orar y cuando siente que no necesita, deja de depender. Y cuando eso ocurre, el corazón empieza a decir: **«Mi poder y la fuerza de mi mano me han producido esta riqueza» (Deuteronomio 8:17)**. Y es allí, donde la autosuficiencia se convierte en tu “ídolo”: el “yo” toma el trono de tu corazón. Ya no se reconoce al Señor como la fuente de la vida, del sustento, de la estabilidad. Ahora todo se atribuye a méritos propios. Eso es la autosuficiencia espiritual.

Sin embargo, esta advertencia no se limita a quienes gozan de bienes materiales. Existe una autosuficiencia silenciosa en quienes, aun en la escasez, han dejado de depender del Creador. No se requieren riquezas para ser arrogantes; basta con dejar de temer al Señor y olvidar Sus misericordias. Tan pronto como dejamos de confiar en Él, nuestro corazón buscará —de forma inmediata— un sustituto vano en el cual depositar su seguridad.

Si alguno considera que este mensaje no le concierne por no vivir en la abundancia, debe comprender que tanto la prosperidad como la necesidad constituyen una prueba. El examen no reside en nuestras posesiones, sino en el corazón. El desierto fue el escenario para «humillarte y probarte, para saber lo que había en tu corazón» (Deuteronomio 8:2), y la abundancia de la tierra prometida cumple la misma función evaluadora: ¿Quién ocupa el centro de nuestra vida: el Señor o nuestra propia autosuficiencia?

Este texto nos alienta a evaluar nuestras reacciones ante la espera, la carencia y el silencio divino. La pregunta fundamental es si dependemos de nosotros mismos o de Aquel que sostiene nuestra existencia. Moisés lo resume con claridad: **«Acuérdate del Señor tu Dios, porque Él es el que te da poder para hacer riquezas» (Deuteronomio 8:18)**. Toda capacidad y todo recurso provienen de Su mano soberana, no de nuestro esfuerzo independiente.

El Señor es quien hace todo posible: nuestro empleo, la salud de nuestro cuerpo, la lucidez de nuestra mente y la unidad familiar son frutos de Su acción. Si carecemos de bienes materiales pero poseemos a Cristo, tenemos más que Israel en Canaán. La provisión suprema no fue la tierra prometida, sino el pacto de gracia consumado en la cruz. Sí, unos de los mayores problemas del corazón es la autosuficiencia —ese orgullo que reclama méritos propios—, entonces nuestra mayor necesidad no es más pan, sino un Salvador.

Y ese Salvador ya vino y entró también en un desierto (Mateo 4:14), nos dice que Jesús, lleno del Espíritu, fue llevado al desierto para ser tentado. Allí, en el mismo lugar donde Israel pecó, falló, y nuestros corazones fallan, Él venció. Jesús rechazó usar Su poder para convertir piedras en pan, no se lanzó desde el pináculo del templo esperando que lo rescataran ángeles, y no adoró al diablo para obtener todos los reinos del mundo. Resistió cada tentación con la Palabra de Dios. En la primera tentación, citó **Deuteronomio 8:3: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»**. Él no tomó atajos ni fue autosuficiente; se humilló en perfecta dependencia del Padre para otorgarnos la victoria que nosotros no podíamos alcanzar.

Jesús —el verdadero Israel— obedeció donde nosotros fallamos, y gracias a Su justicia perfecta somos aceptados. En Juan 6:35, el mismo Cristo se presenta no solo como uno que sabe vivir sin pan, sino como el Pan de Vida mismo: **«Yo soy el pan de vida; el que viene a Mí no tendrá hambre, y el que cree en Mí nunca tendrá sed»**. ¿Lo ve? Él no solo nos enseñó a vivir de la Palabra. Él es la Palabra encarnada. Él es el Maná eterno. Él es el agua viva, Él es la provisión perfecta de Dios para un pueblo que siempre olvida.

Ante esto, ¿cómo vencemos la autosuficiencia en nuestros corazones? La única manera es: Salmo 119:11 “En mi corazón he atesorado tu palabra, para no pecar contra ti”. Esto quiere decir que el verdadero examen no se mide por lo que tienes o por lo que te falta... sino quien es tu tesoro. Si nuestro tesoro es el «yo», confiaremos en nuestra propia fuerza; pero si Cristo es nuestro tesoro, nuestra confianza descansará únicamente en Su suficiencia y Su Palabra.

La solución no es mirar más lo que tenemos, o lo que no tenemos; sino mirar hacia dentro y preguntarnos: ¿Qué lugar tiene la Palabra de Dios en mi corazón? Porque cuando el corazón guarda la Palabra, el evangelio puro, difícilmente el orgullo lo gobierna y dirige; sino que se llena de temor reverente. Y donde hay temor de Dios, no hay espacio para la autosuficiencia.

Ese es el corazón que el Señor desea, un corazón que recuerda, que teme y que reconoce que todo lo que posee y todo lo que es procede de Él.

Debemos comprender esta distinción vital: nuestras pruebas revelan lo que hay en nuestro corazón, pero la cruz revela lo que hay en el corazón de Dios —Su gracia infinita—. Es por eso que Dios te llama a obedecer y a depender de Él, para que tu corazón no se vuelva autosuficiente.

Ante esta realidad, debemos preguntarnos: ¿Cuál debe ser nuestra respuesta práctica como creyentes? (Vr.11)

- **Revisa tu corazón en la prueba y en la abundancia:** Dios probó el corazón tanto en la escasez como en la comodidad. La pregunta no es cuánto tienes, sino qué dice tu corazón cuando Dios da y cuando Dios quita. En la escasez surge la queja y en la abundancia surge el orgullo, pero en ambas Dios está revelando lo que hay en ti.
- **Recuerda el desierto:** La memoria es tu medicina espiritual. Deuteronomio 8:2 enseña que el desierto no fue un accidente, fue una formación. El cristiano que olvida cómo Dios lo sostuvo antes, fácilmente lo olvidará cuando todo esté bien. Recuerda quién te sostuvo cuando no tenías nada; en tu peor momento, ¿quién ha estado contigo? Así tu corazón no se enaltecerá cuando tenga la provisión.
- **Guarda la Palabra en tu corazón para no caer en autosuficiencia:** El problema no son las bendiciones, es el corazón que olvida de quién vienen. Por eso el salmista ora: "En mi corazón he atesorado Tu palabra". Un corazón lleno de la Palabra difícilmente se llenará de orgullo; porque cuando la Palabra domina, el orgullo muere.
- **Prepárate espiritualmente antes de recibir:** Muchos creyentes, antes de entrar a su "tierra prometida", desean que Dios les abra puertas de trabajo, estudios o negocios, y suelen decir: "Seré fiel, daré más y glorificaré a Dios cuando me vaya mejor". Pero este pasaje nos enseña algo importante: la preparación que Dios pide no es económica, es del corazón. Dios no solo quiere darte provisión; Él quiere que, cuando la recibas, tu fe siga dependiendo de Él. Así que, antes de pedir que lleguen las oportunidades, deja que Dios trate con ese corazón. Recibir sin depender de Dios es lo más peligroso.
- **Vuelve a Cristo como tu provisión más grande:** Estés en escasez o en abundancia, hermanos, si estás en el desierto, Él te sostiene; si estás en abundancia, Él te guarda del orgullo. Si tu corazón se enfría y confía en sí mismo, Él te restaura. Cristo no es solo quien te bendice; Cristo es la bendición. Cristo no es solo quien te da provisión; Cristo es tu provisión perfecta. Él es el Pan de Vida, tu seguridad y tu esperanza real. No ponga los ojos en las cosas de este mundo.

Preguntas de comprensión

- ¿Cuál es la solución para la autosuficiencia del corazón?

Y tú que estás leyendo este discipulado: comprende que el mayor peligro no es la carencia material, sino la separación de Dios. Tu necesidad más profunda no es económica, sino espiritual; sin Cristo, el alma está perdida. Ni la riqueza salva ni la pobreza santifica —ninguna de las dos puede darte vida eterna—. Solo Cristo, el Pan de Vida, es la provisión que tu alma requiere. Él murió por tus pecados y resucitó para otorgarte un corazón nuevo; si vienes a Él en arrepentimiento, serás perdonado y adoptado. La vida sin Cristo es un desierto en medio de la abundancia, pero con Él es plenitud, aunque todo falte.

En conclusión, el conflicto no radica en nuestras circunstancias, sino en el corazón autosuficiente que olvida al Creador. Dios, en Su fidelidad, nos prueba para transformarnos, no para destruirnos. Esta es una palabra de gracia que combina advertencia con esperanza: el Dios que escudriña es el mismo que restaura a través de la obra de Cristo. Procuremos un corazón que tema al Señor, recordando que Él nos llama a la obediencia y a la dependencia absoluta para guardarnos de la autosuficiencia.

Preguntas de reflexión

- ¿De qué manera estás mostrando obediencia y dependencia de Dios?
- ¿Qué cosas debes de recordar del evangelio cada día para evitar la autosuficiencia?

Según lo leído hasta el momento, ¿De qué maneras has sido instruido, exhortado, consolado o animado?

ALABANZAS | DOMINGO 7 DE DICIEMBRE, 2025

En nuestra iglesia siempre buscamos que puedas integrarte y disfrutar mas de la adoración comunitaria, por tal razón compartimos el siguiente listado de alabanzas para que adores a nuestro Señor Jesucristo:

Gloria en las alturas

Jonathan & Sarah Jerez

[Escuchar aquí](#)

Glorioso Intercambio

La IBI. La Salvación es del Señor

[Escuchar aquí](#)

Gracias por ser parte de nuestra comunidad. Te invitamos a apoyar nuestro ministerio para seguir produciendo recursos como este. Puedes ofrendar a través de:

graciasobregracia.org/ofrendas
o escaneando el siguiente código:

